



**RAFAEL PALMERO RAMOS
OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

Adviento, tiempo de espera y oración

Se acercan las semanas previas al nacimiento de Jesús. Un tiempo impregnado de esperanza y oración, que la Iglesia Madre y con ella cada uno de sus hijos vivimos, año tras año, con ilusión. Un poco contagiados por la alegría de los pequeños.

“El Adviento, recordaba Juan Pablo II, mantiene viva la espera de Cristo, que vendrá a visitarnos con su salvación, realizando en plenitud su reino de justicia y paz. La conmemoración anual del nacimiento del Mesías en Belén renueva en el corazón de los creyentes la certeza de que Dios cumple sus promesas. Por tanto, el Adviento es un *fuerte anuncio de esperanza*, que toca en lo más hondo nuestra experiencia personal y comunitaria”. (17.12.2003)

Tiempo de esperanza

Todos los hombres y mujeres, también los de nuestros días, tenemos experiencia de horas vividas en soledad y en pecado, en sombras de muerte y en la luz de la gracia. Y hemos suspirado – suspiramos también hoy- por una salvación anhelada. Llega ésta cuando Dios Padre nos sale al encuentro y nos regala a su Hijo, al Salvador, que, revestido de nuestra condición humana, nace de las entrañas virginales de María, y nos garantiza una vida nueva, compartida por todos.

“El misterio de Navidad, que reviviremos dentro de pocos días, nos asegura que *Dios es el Emmanuel, Dios con nosotros*. Por eso, jamás debemos sentirnos solos. Dios está cerca de nosotros, se ha hecho uno de nosotros, naciendo en el seno virginal de María. Ha compartido nuestra peregrinación en la tierra, garantizándonos la consecución de la alegría y la paz a la que aspiramos en lo más íntimo de nuestro ser”. (Ib)

De la mano de María, Madre de Dios y Madre nuestra también, podemos movernos con seguridad en la vida, ya que en su seno el Verbo de Dios se hizo carne. El que estaba revestido de eternidad, entró en nuestro tiempo, efímero y pasajero. Con su llegada ha querido garantizarnos que también nosotros estamos destinados a compartir con Él y con todos los nuestros una eternidad feliz. Algo que da respuesta convincente a muchos interrogantes.

“El tiempo de Adviento pone de manifiesto un segundo elemento de la esperanza, que atañe más en general al significado y al valor de la existencia. Con cierta frecuencia nos preguntamos: ¿quiénes somos?, ¿a dónde vamos?, ¿qué sentido tiene lo que hacemos en la tierra?, ¿qué nos espera después de la muerte?

No cabe duda de que hay objetivos buenos y honrados: la búsqueda de mayor bienestar material, la consecución de metas sociales, científicas y económicas cada vez más altas, o una mejor realización de las expectativas personales y comunitarias. Pero, ¿bastan estas metas para colmar las aspiraciones más íntimas de nuestra alma? (Ib)

Para el Obispo de León, hermano y amigo, “¡el Adviento es ante todo el tiempo litúrgico de la **esperanza**! Esta virtud sustenta la vigilancia, la oración, la espera de la venida del Señor, el discernimiento de los signos de los tiempos”. (30.11.2002)

Tiempo de oración

Sin discontinuidad alguna en el empeño magisterial del Sucesor de Pedro, el Papa actual, nuestro querido Benedicto XVI, nos anima con precisión teológica y unción espiritual, a disponernos a la oración para este encuentro personal y comunitario que vivimos, año tras año, tras las cuatro semanas de Adviento, en Navidad.

“Anunciad a todos los pueblos y decidles: Mirad, Dios viene, nuestro Salvador”. Al inicio de un nuevo ciclo anual, la liturgia invita a la Iglesia a renovar su anuncio a todos los pueblos y lo resume en dos palabras: “Dios viene”. Esta expresión tan sintética contiene una fuerza de sugestión siempre nueva.

Detengámonos un momento a reflexionar: no usa el pasado – Dios ha venido- ni el futuro, -Dios vendrá-, sino el presente: “Dios viene”. Como podemos comprobar, se trata de un presente continuo, es decir, de una acción que se realiza siempre: está ocurriendo, ocurre ahora y ocurrirá también en el futuro. En todo momento “Dios viene”.

El verbo “venir” se presenta como un verbo “teológico”, incluso “teologal”, porque dice algo que atañe a la naturaleza misma de Dios. Por tanto, anunciar que “Dios viene” significa anunciar simplemente a Dios mismo, a través de uno de sus rasgos esenciales y característicos: es el *Dios-que-viene*.

El Adviento invita a los creyentes a tomar conciencia de esta verdad y actuar coherentemente. Resuena como un llamamiento saludable que se repite con el paso de los días, de las semanas, de los meses: Despierta. Recuerda que Dios viene. No ayer, no mañana, sino hoy, ahora. El único verdadero Dios, “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” no es un Dios que está en el cielo, desinteresándose de nosotros y de nuestra historia, sino que es el *Dios-que-viene*.

Es un Padre que nunca deja de pensar en nosotros y, respetando totalmente nuestra libertad, desea encontrarse con nosotros y visitarnos; quiere venir, vivir en medio de nosotros, permanecer en nosotros. Viene porque desea liberarnos del mal y de la muerte, de todo lo que impide nuestra verdadera felicidad, *Dios viene a salvarnos*. (2.12.2006)

¿Cómo sentirlo y vivirlo? “Dios que está dentro de nosotros mismos, está en la celda interior de nuestro espíritu, está en aquella actividad personal, que llamamos oración” (Pablo VI. 13.8.1969).

No es evasión fácil ni está exenta de compromiso esta actitud. Al contrario, el Adviento, vivido “en la espera de Dios que viene y la esperanza de que su nombre sea santificado, de que venga su reino de justicia y de paz, y de que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo”, (Ib) fomenta la comunión de amor y de vida, puesto que fundamenta la familia sobre una base sólida.

Adviento, por tanto, de todos y para todos, también de los que se sienten solos o alejados.

“El Adviento es un tiempo muy apto para vivirlo en comunión con todos los que esperan en un mundo más justo y más fraterno, y que gracias a Dios son numerosos. En este compromiso por la justicia pueden unirse de algún modo los hombres de cualquier nacionalidad y cultura, creyentes y no creyentes, pues todos albergan el mismo anhelo, aunque con motivaciones distintas, de un futuro de justicia y de paz”. (Ib)

“El Señor está cerca...” (Cf Fil 4,5). Atentos, pues, al Dios que llega, como Salvador, que pretende renovarnos con su amor. Así lo vivimos en los días de fiesta –Navidad es el tiempo de la alegría compartida-, y que anhela permanecer con nosotros. ¿Encontrará acogida en nuestro corazón, en nuestro barrio, en nuestro entorno, en la ciudad o en el pueblo, en nuestra Diócesis, ancha y dilatada, abierta y acogedora? Sí, si nos preparamos a esta gracia.

Adviento es anuncio, hermanos, es profecía, es celebración compartida.

A handwritten signature in black ink, starting with a plus sign followed by the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante
Adviento, 2007